

neral se somete docilmente á las sugerencias del deseo y á las insinuaciones de la voluntad.

Esta es el tercer factor de nuestra conducta. El vulgo no hace distinción entre ella y el deseo; para la generalidad de las gentes la voluntad no es más que un grado del deseo; de sear y querer son para la mayoría de las gentes una cosa misma.

Nada más furesto que semejante confusión, y nada más fácil que hecerla desaparecer.

Si se hubiese observado que á mayor pasión correspondía en todo caso mayor acción, tal vez jamás nos hubieramos dado cuenta de la diferencia profunda entre ambas facultades; pero pasa precisamente lo contrario; cuando las pasiones son más intensas, la voluntad es más debil. Para comprobar este aserto me bastará poner algunos ejemplos.

¿Quién duda que la mujer es más apasionada que el hombre, considerada en general? Y sin embargo, la mujer tiene una voluntad muy inferior á la de éste, como lo prueba el siguiente análisis.

Los elementos de la voluntad son el valor, la prudencia y la constancia. Ahora bien, la mujer no es valiente; ella carece del valor militar que es casi exclusivo del hombre; del valor civil, pues si hay algún ser sensible hasta la exageración, á las heridas, á la fama ó reputación es ella. No tiene valor industrial, audacia para lanzarse á las empresas, pues á esto debe su inferioridad en todo el mundo respecto del hombre.

La mujer también carece de prudencia, puesto que no elije con tanto acierto como el hombre los medios para llegar á un fin, evitando los peligros, salvando las dificultades; por último, no tiene constancia, pues casi jamás se propone un fin determinado. La mujer de consiguiente tiene una voluntad debil, y pasiones grandísimas; ama á sus hijos con delirio como no los ama jamás el hombre; ama á su marido con ver-

dadera pasión: llora, sufre, tiene espasmos por causas que á nosotros nos dejan completamente frios é indiferentes.

¿Qué pasa con el niño? También nos presenta un grado exagerado de la pasión y sumamente debil la voluntad.

Si consideramos á las distintas razas también palpemos el mismo fenómeno: á mayor pasión corresponde siempre menor voluntad.

El ingles y sobre todo el inglés aristócrata, es frio y de una voluntad indomable: cuando se propone un objeto aunque este sea fútil, nada le contiene, ni la dificultad ni el peligro, obra hasta que lo consigue. Ahora, dejemos el valor militar á un lado; ¿quién tiene más valor civil y más valor industrial que el inglés? El éxito alcanzado en sus gigantescas empresas, no igualadas por ningún otro pueblo, comprueba hasta la evidencia el aserto que sostengo. El norteamericano se le aproxima mucho en esta facultad.

El italiano y el español, y sobre todo el español del sur, el de la tierra caliente, es todo lo contrario, muy apasionado, por esto es artista; pero en cambio tiene una volubilidad extraordinaria; su espíritu vaga de pasión en pasión, de deseo en deseo, como una mariposa de flor en flor; por esto carece de espíritu de empresa.

Lo anterior establece de un modo claro que una cosa son las pasiones y otra muy distinta es la voluntad. La pasión impulsa sus instigaciones, no cesan hasta que no está saciada. Hierre, cástate, trabaja, estas son las voces de la pasión. Viene en seguida la inteligencia; ésta pesa, mide, señala la conveniencia é inconveniencia del deseo, se da cuenta de las dificultades, aprecia los obstáculos. En virtud de estos datos la voluntad se determina y dice: hágase. ¿Hay peligros? pues á afrontarlos. ¿Hay dificultades? pues á salvarlas. ¿Está lejano el objeto? pues á perseverar.

La conducta del hombre flaquea ó puede flaquear por la

preponderancia de las pasiones sobre la voluntad. Esta, cuando es enérgica, las domina y subyuga. A mayores pasiones corresponde siempre voluntad débil. Benito Juárez no obra por pasión, no lo ofusca el entusiasmo ni lo ciega el temor; el quebranto ó el triunfo lo dejan libre é impasible, en cambio tiene una voluntad de hierro, por eso hizo tantas cosas grandes. Washinton no era sensible, no se conmovía ante nada; pero que portentoso ejemplo de heroísmo y fuerza nos ha legado.

Discernidos los tres factores que constituyen la organización mental del hombre, su conducta se distingue en conducta guiada por las pasiones y conducta guiada por la voluntad.

El hombre apasionado se caracteriza por su volubilidad; tan pronto pretende ir á colonizar la India como piensa en establecer una clase de música; se lanza á los empleos públicos, salta á la política, no tiene perseverancia en nada, jamás procede con orden, nunca sigue un sistema.

Hecho este rápido exámen, descendamos al caso concreto, al caso de Rode. No me valdré en mi exposición sino de los hechos conocidos perfectamente por el jurado. Asentaré desde luego esta proposición:

Rode es un hombre que se caracteriza por la preponderancia excesiva de sus pasiones y por su carencia casi completa de voluntad. Para demostrarlo bastará examinar su conducta en estas audiencias.

Rode es un eterno divagador, se le hace una pregunta; inicia la contestación; al llegar á un punto que lo emociona, abre un paréntesis y dentro de este abre otro y otro. Partiendo del punto A. ha llegado ya al punto X. sin que hayamos podido tener una explicación satisfactoria sobre el primero, y esto después de un cuarto de hora de discurso. El Presidente de los debates ha encanecido procurando en vano obtener una

contestación categórica respecto de cualquier asunto. Cuando un hecho conmueve á Rode, su palabra se lanza á narrarlo sin que nada la pueda refrenar. En medio de esa narración tiene una emoción nueva y se desvía en pos de ella, á poco una nueva impresión lo sobrecoje y vuelve á divagar para explicarla. Su palabra traza una trayectoria tan complicada como la de la pluma sujeta á la acción de todos los vientos. Esta volubilidad de su palabra es marca fatal y necesaria y signo infalible de toda su conducta.

El hombre de voluntad enérgica refrena con ella su discurso y lo encarrila en determinado sentido, sin dejarse desviar por emociones intercurrentes; por eso brota claro, fácil, resbalando como límpida corriente.

Los hombres demasiado sensibles y los niños divagan siempre. En esto no hay de parte de Rode ni comedia ni sistema. No, Rode siempre ha sido así. En esta audiencia ó fuera de ella he oído decir y con verdad, que Rode es insoportable cuando platica. Efectivamente obliga al que lo escucha á un esfuerzo incesante para encontrar el sentido y el objeto de aquel inagotable flujo de palabras. ¡Trabajo inútil!, al cuarto de hora el que lo escucha está completamente abrumado, y tan poco enterado como al principio.

Este es el primer signo de la debilidad de su carácter y del predominio de sus pasiones. Veamos el segundo.

Rode no es más que un comediante, decían los periódicos después de la primera audiencia. Rode, en efecto, reproduce con admirable facilidad y perfección la expresión de las pasiones que lo agitan, y cuyo tipo común han fijado la pintura y la escultura en modelos de eterna belleza. El actor dramático sorprende esa expresión ya consagrada, y la reproduce artificial y voluntariamente. Lo que en el actor es un fenómeno artificial y reflexivo, en Rode es una manifestación es-

pontánea ó irresistible. Tampoco esto es en él una comedia; su movilidad extravagante está en armonía con las divagaciones de su palabra y de su pensamiento. Rode no finge; lo conozco lo suficiente para poder asegurarlo; tal como lo habeis visto aquí, lo han visto todos cuantos lo conocen y lo tratan. En la Escuela Normal la junta de Profesores es un grupo de amigos que arregla los asuntos que se someten á su deliberación en familia, expresándose en un tono sencillo; pues bien, nunca se consiguó que Rode estuviese en armonía con el medio. En la deliberación sobre el punto más insignificante Rode se ponía de pie, ademanizaba, gesticulaba, declamaba, tomaba actitudes de actriz dramática, evocaba los manes de su padre, recordaba las glorias y la honra de la patria; en medio de sus ampulosas peroraciones percibíamos una tras otra las emociones que lo embargaban, nunca los razonamientos que lo guiaban.

En estas audiencias su conducta ha sido la misma, las ideas pocas, los hechos exigüos y no encadenados; pero el movimiento pasional extraordinario; no hay otra cosa en sus discursos. Si Rode fuese un actor, procuraría tomar los ademanes nobles, las actitudes imponentes y majestuosas, para acompañar sus discursos; evitaría aquellas actitudes que lo ponen en ridículo; así, hemos oído al Presidente de los debates exclamar, con mucha justicia. "Rode, guardé usted compostura," en un momento en que se encontraba á gatas; pocos momentos después, sin esta observación, hubiera estado debajo de la mesa. Su ademan sigue sin que lo pueda refrenar el impulso de su pasión; va á referir, por ejemplo, que estaba escuchando por el quicio de una puerta; pues se tenderá en el suelo y se pondrá á escuchar. Si Rode fuera mudo, sería un mímico admirable. Veamos otros hechos.

Se ha dicho, y está probado en el proceso, que Rode es mentiroso. Efectivamente lo es. Pero es necesario advertir

que hay dos clases de mentirosos; el que lo es por carta de más, y el que lo es por carta de menos. De éste último género es el hipócrita, constituido por una atrofia del sentimiento, de la pasión, y una hipertrofia de la voluntad. Rode es mentiroso por carta de más, y esto es característico de los hombres sensibles. Rode no trata de ocultar nada, lo que hace es abultar, exagerar.

El hombre de voluntad pinta los hechos y poco le importa el efecto que su relato produce en sus oyentes; el hombre de pasiones siempre trata de asociar á los demás á sus propias impresiones: un hombre normal, como somos casi todos nosotros, comprende que no hay razón para que los otros lloren cuando nosotros lloramos, ó para que rían cuando nosotros reímos; si vemos que el hecho referido no causa impresión, nos conformamos siempre con hacer un relato sencillo de él; pero un hombre en cuyo sistema mental predominan las pasiones, si no consigue conmover á los demás, inmediatamente empieza á desfigurar la verdad, rodeando el suceso de accidentes maravillosos, estupendos, hasta conseguir que se produzca una impresión profunda en los que le escuchan. Este rasgo característico, también lo presenta Rode: cada disgusto doméstico nos lo refiere como un drama de Leopardi, y muchos de ellos deben de haber sido insignificantes.

¿Que tipos son reconocidos como mentirosos? Los hombres de pasiones, jamás los hombres de voluntad. La literatura inglesa no tiene el tipo de Manolito Gázquez, éste es hijo de Andalucía y los andaluces, como originarios de los pueblos orientales, reconocidos como los más llenos de pasión, son también como los más mentirosos. En Andalucía la mentira es la regla. En Holanda, en Alemania, donde la fría razón y la poderosa voluntad domina sobre las pasiones, el mentiroso es un tipo extraordinario. Rode, siendo mentiroso y comunicando á los hechos no detalles nuevos, sino impresiones, emociones

nuevas, nos demuestra que carece de voluntad y tiene hipertrofiado el sentimiento.

Veamos otro hecho que viene á corroborar el principio que hemos asentado respecto al carácter de Rode. Este se enamora de una mujer, ¿en que forma? en la forma volcánica. Es un romántico que pasea sus ideales y sus insaciabiles aspiraciones en medio de nuestro actual excepticismo. Ve á Amelia, se enamora de ella y á los tres meses de conocerla se casa. ¿Que hombre normal hace eso? No me meto á investigar si la esposa de Rode era buena ó mala; á los tres meses de trato no se casa nadie ni con una santa. Rode tuvo numerosas revelaciones de que debía desconfiar, de que debía cuidarse; multitud de rasgos de carácter y de conducta que presentaban la jóven y su familia, debian haberlo hecho meditar mucho antes de decidirse al matrimonio; pero en esta ocasión como en todas las de su vida, Rode obró por pasión y por pasión se ha perdido.

No creo que haya ya necesidad de seguir analizando la conducta del acusado ni fuera del proceso ni dentro de él. Todos los que lo conocen y lo han tratado, todos los testigos lo mismo los del pró que los del contra, refieren hechos cuya única interpretación es la que me he permitido darles.

En virtud de todos estos antecedentes tratemos de investigar si el homicidio de Amelia Zornoza fué un acto derivado de la voluntad de Rode ó si le fué sugerido por una pasión impetuosa, irresistible y ciega; tratemos de averiguar en suma si, como lo exige la ley, para declararlo responsable, tuvo discernimiento bastante para conocer la ilicitud del hecho, y si tuvo asimismo libre voluntad para ejecutarlo.

Para decidir esta cuestión, no podremos aplicar al discernimiento un criterio y á la voluntad otro. Los fueros de la justicia y las exigencias de la necesidad nos fuerzan á aplicar el mismo cartabon al discernimiento que á la voluntad.

Para llegar á saber si un delincuente tenia ó no discernimiento en el momento de cometer el crimen, tenemos que servirnos, por no haber otro, del procedimiento seguido tanto por los peritos del pró como por los peritos del contra. Si Rode discernía y discernía bien antes de la comisión del crimen, si despues de él conserva esa misma facultad, el perito tiene que afirmar que la poseía en el momento de ejecutar el acto de que se le acusa. Probablemente esto no es verdad. Creer que, tratandose de un crimen pasional como el presente, puede conservarse en el momento de ejecutarlo el equilibrio intelectual, puede el espíritu valuar los motivos en pró y en contra, balancear los principios de la moral y deducir si debe ó no ejecutarse el acto, es atribuir al espíritu propiedades de que carece y suponerlo sometido á leyes contrarias á las que en realidad lo rigen. La inteligencia no puede funcionar integralmente sino en frio, en el seno de la serenidad y de la calma. El primer efecto de las pasiones es falsear el criterio, ofuscar la inteligencia, impedir la reflexión. En el momento de la colera, del miedo, del amor, las condiciones en que la inteligencia funcionan le son desfavorables, tanto más, cuanto la pasión es más intensa. En grande ó en pequeña escala todos conocemos estos hechos, y si hubiéramos de juzgar de lo que en los demas pasa por lo que en nosotros acontece, podríamos sin reparo afirmar que siendo contradictorios la pasión extrema y el juicio imparcial, no hay crimen pasional posible con conservación del discernimiento.

Tomado á la letra el texto de la ley, los criminales pasionales no serían nunca responsables, puesto que nunca conservarían en el momento del crimen la facultad de discernir. No en vano el Padre Ripalda definió las pasiones diciendo que son impetuosos ó perturbaciones interiores que nos ciegan.

Evidentemente la ley no quiso declarar irresponsables á todos aquellos de quienes pudiera demostrarse que en el mo-

mento de ejecutar un acto delictuoso no pudieron discernir su ilicitud. Quizo evidentemente referirse tan sólo á aquellos que habitualmente por organizacion ó por enfermedad lo saben ó no pueden distinguir lo bueno de lo malo y lo justo de lo injusto.

Para los peritos, pues, la solución del problema está toda ella contenida en el estudio de la conducta y de la inteligencia del reo antes del delito y después de él. Si la inteligencia del reo funcionaba regularmente antes del suceso, si conserva su funcionamiento normal después de él y si no se comprueba que haya habido causa accidental susceptible de trastornar la acción de su inteligencia, como pasa con la embriaguez ó con la fiebre; el médico legista resuelve que el discernimiento se conservó intacto en el momento de la comisión del crimen.

Así han procedido y con plena razón los peritos que han tenido que ver en este asunto en lo que al discernimiento de Rode se refiere. Todos unánimemente han opinado que si Rode no discernía, era y es capaz de discernir la licitud ó ilicitud del acto ejecutado.

Pues lo que los peritos con tanto acierto hicieron para juzgar del discernimiento de Rode, debieron haberlo hecho tratándose de su voluntad. Si por voluntad hemos de entender la sumisión de nuestra conducta á las sugerencias de la razón, claro es que en los crímenes pasionales falta, al cometerlos, la voluntad puesto que falta la razón.

Por este motivo, pues, para saber si en el momento del delito Rode tuvo libre voluntad de ejecutarlo, es fuerza estudiar al acusado antes de la comisión del crimen. Si se demuestra que habitual y normalmente sus actos le han sido impuestos por una voluntad fría, irreflexiva y enérgica; si se prueba que generalmente ha sabido refrenar y dominar sus pasiones, habrá que admitir que en el momento de la crisis era capaz de sofocar la pasión que lo embargaba, y como á la

vez había sido capaz de discernimiento tocábanle las generales de la ley y había que declararle responsable del homicidio de su esposa.

Ahora bien, señores, yo he creído tener la honra de demostraros lo contrario. Analizando su conducta habitual y normal, os lo he presentado como un eterno juguete de sus pasiones, como impotente para reprimirlas, como incapaz de gobernarlas. Que así fué antes del delito y que así sigue siendo es cosa para mí indudable y espero que lo será ya para los otros. Aquí mismo, en estas audiencias ha corroborado con palabras y con obras mis anteriores asertos. Cualquiera creería, dada la inteligencia que todos le reconocemos, que se había trazado un plan, un sistema cualquiera de defensa; método que arrancara, como á golpes de maso, á los jurados, de una manera fija y segura, un veredicto favorable. Pues bien, si aun en este momento supremo de su vida tiene su conducta espíritu de orden ni sigue una línea de antemano trazada. Sumiso como siempre al embate de sus encontradas pasiones, ya invoca la locura como medio de salvación, ya le horroriza esa idea y rompe á llorar de solo imaginarse loco, ya recurre á la chicana, ya trata de conmover á su auditorio y de salvarse á fuerza de lirismo. En estas angustiosas circunstancias en que un hombre de energía concentra toda su actividad intelectual y toda su fuerza moral, en el punto que juzga más débil para abrir por allí una brecha y escapar á la deshonra y al castigo. Rode como un hombre súbitamente caído al agua y dominado por el terror, se agita como un energúmeno sin orden ni concierto, haciendo involuntariamente cuanto le es posible por hundirse en el abismo.

Mi conciencia de perito y de hombre honrado no me permite aplicar á la voluntad de Rode otro criterio que el que todos sin discrepancia hemos aplicado á su discernimiento; y como he creído demostraros que Rode ha sido siempre ju-

guete de sus pasiones y nunca esclavo de su voluntad; concluyó mi dictámen formulando las siguientes conclusiones:

Rode fué capaz de discernir la ilicitud del hecho de que se le acusa.

Rode no tuvo libre voluntad para ejecutarlo.

Presidente.—señor doctor Maldonado: gratifica usted su dictámen?

Doctor Maldonado.—Debo advertir, que cuando terminamos ese dictamen, el proceso aun no estaba concluido; así es que nos reservamos á esa terminación y á oír estos debates para rectificar ó ratificar el dictamen, por lo que pediría al señor Presidente se sirva dar lectura á las constancias procesales que se refieren á este punto, y sobre todo á la cuestión de antecedentes hereditarios de l procesado.

Se suspendió la audiencia entre tanto que los peritos médicos-legistas Ferrer y Ramirez Arellano fueron á practicar un reconocimiento.

#### SR. DOCTOR MALDONADO Y MORON.

Presidente.—señor doctor Maldonado: gratifica usted su dictamen?

Maldonado.—Sí, en todas sus partes.

Presidente.—Por el examen que usted hizo del procesado Rode y por las constancias del proceso, asentó usted que Rode no estaba loco antes de la comisión del delito, que no estuvo loco después; pero que en el momento en que lo cometió estaba en un estado patológico.

Si señor, para comprender lo que es el estado patológico á que me he referido, es necesario estudiar en detalle y en conjunto los antecedentes hereditarios de la familia; clínicamente el proceso es muy deficiente bajo este punto de vista; pero en esta audiencia se ha hablado de esos antecedentes y las declaraciones han arrojado alguna luz. Consta en el pro-

ceso que la abuela del acusado falleció de rembrandecimiento cerebral, la madre de eclampsia; el padre era raro, era excéntrico; el doctor Bandera notó en el mismo procesado un carácter raro y extravagante. Además el procesado tiene extigmas físicos, la calvicie, la asimetría del semblante, el aplanamiento de su cráneo en la parte posterior, la falta de lóbulo en las orejas. El procesado ha padecido insomnios y cefalalgias; así es que, bajo un impulso poderoso, pudo estar en un momento patológico en estado de locura transitoria; así fué como cometió el delito.

El señor doctor Sosa manifestó que Rode no estuvo jamás loco, que tuvo íntegras sus facultades antes, en el momento y después de la comisión del delito; tuvo sus facultades, tanto voluntad como inteligencia, en perfecto estado de salud. El doctor Sosa señala tres caracteres precisos, necesarios, para que exista la locura moral: que la impulsión sea constante; consciente é irresistible. Estos caracteres no se hallan en el procesado Rode. Refirió el caso de una anciana de 50 años, de muy buena familia, que siente ese impulso consciente, irresistible y constante de suicidarse. La locura moral está perfectamente caracterizada en ella. Lo mismo en el caso de un jóven, que al presentarle á su primer hijo sintió impulso de ahogarlo. El dictamen de los señores Sosa y Morales Pereira también es conocido por nuestros lectores. El Presidente de los debates hizo á todos los médicos las mismas preguntas que había hecho á los doctores Flores y Parra. El señor doctor Lavista expuso en vigorosos razonamientos los fundamentos del dictamen presentado por el Consejo Superior de Salubridad.